

Cuentos.

Luisfe



Capítulo 1

El rey del mar.

En Chiloé, a principio del siglo XX, una joven se baña en la playa más cercana a su hogar, disfrutando de una inusual noche cálida. En la placidez de su baño un golpe le llega de frente y sobresaltada toma lo que le ha impactado. Era una botella de vidrio oscuro, transparente y cerrada, con un corcho muy adherido. La chica se dirige a la orilla y al examinar la botella con mas detención, observa que de ella cuelga una cinta negra, que al halarla fuertemente se destapa la botella y saca de ella, un amarillento papel. Caminando a su casa lee la hoja que dice lo siguiente:

“Enriquecidos serán los que logren entrar a la montaña de piedra emergente del mar. Oro, diamantes y rubíes carmesí, son solo una parte, del tesoro sin fin. Al oeste de la isla partiendo del muelle, sin rumbo, sin prisa, hasta que la roca destelle. Confía en mí y en mi carta soñador hombre, que el anhelo de riquezas siempre ha de tener hambre. Enriquecidos serán los que logren entrar, a la montaña de piedra, que corona al rey del mar”.

No fue mucho lo que la muchacha pudo entender e intenta entonces leerlo por segunda vez pero un hombre de su estatura y de mayor edad se sitúa en su camino. La muchacha se asusta, da un paso hacia atrás y se percata de que también hay alguien allí. Antes de que el hombre a su espalda la pudiera agarrar, ella escapa y al de adelante, con todas sus fuerzas le arroja en la cara la botella de vidrio. Rápidamente la joven huye del lugar y deja allí tirado el misterioso papel.

—!Damián!— Grita uno de los desconocidos acercándose al que derribó la joven. Al verle bajo la luz de los faroles, Damián tiene un gran moretón en su frente, apenas abre los ojos y se queja despacio.

—iHombre! Esa mocosa no es de aguas calmas— Le dijo el acompañante, riéndose a la vez que le tiende la mano. Mientras se levanta Damián, ve la hoja que posa en el camino y como no sabe leer, se la entrega al otro.

—Hace esa cosa Francisco, eso de leer y en voz alta, quiero saber que significan aquellos dibujitos—. Francisco lee el texto. Una vez acabado, a Damián se le encienden los ojos de la emoción.

—iHay que decirle a Marcial, puede esta ser nuestra oportunidad!— Y van en busca de Marcial, el tercero del grupo, que se encuentra en la cantina

"El gato apestado".

Al llegar al bar ven a Marcial tomando cerveza en un rincón, mientras observa complacido a las mujeres bailar, encima de un ruín escenario húmedo y apolillado.

—Demonios Marcial, como disfrutas el baile de a esas viejas lobas de mar—. Le dice Damián.

— Y a ti como te gusta importunar los gratos momentos — Responde Marcial. —¿Qué demonios te pasó en el ojo?- Agregó.

—De eso no hay tiempo. Encontramos un papel, nos dirige hacia un tesoro. Mira, léeselo Francisco.—

Y Francisco hace su magia. Al acabar de leer, Marcial se encuentra completamente incrédulo además de exasperado.

— ¿Es para esto par de idiotas por lo que me vienen a interrumpir? —.

—Marcial, tengo un buen presentimiento.— Le dice rápidamente Damián.

— No les he contado pero hace muy pocas lunas soñé con un bello mar, de arenas doradas como el oro y aguas cristalinas como diamantes. Es una señal. —.

—Que opinas grandulón— Le pregunta Marcial a Francisco.

— Apoyo al enano. Vi a la chica bañarse y la botella que contenía ese escrito llegó donde ella. La botella proviene del mar y todo lo que viene de el esta bendecido.—.

Francisco es de pocas palabras, su alta estatura y torpe actuar lo hacen parecer lento, algo retardado, sin embargo, es el único que sabe leer de ellos tres y sus palabras siempre dan en el clavo.

—Muy bien— Dice refunfuñando Marcial — Partimos mañana temprano. Vayan a realizar los preparativos y déjenme en paz aunque sea esta noche—.

Marcial, Damián y Francisco no tienen nada que perder más que el tiempo de sus miserables vidas. Amigos desde siempre, compañeros de sangre, hermanos de espíritu. La desgracia en sus vidas les hace compartir un fuerte lazo en común que aviva toda clase de acciones. Hurtos a escondidas, robos amotinados, asesinatos a sangre fría, lo que sea para obtener la maldita plata que oxida sus corazones.

Temprano al otro día emprenden su viaje en un barco robado, talla mediana, buena dirección y con un camarote que da abasto de sobra para

descansar. Llevan de alimento carne deshidratada, bidones de agua y algunos de vino para calmar las posibles noches de angustia. De brújula ocupan la precisa orientación de Damián que se guía por las estrellas. Solamente hay un rumbo, que es el oeste y buscan día y noche, el "destello de la piedra". Sin embargo, recién en la madrugada de la tercera noche, un brillo lejano comienza a parpadear. De pronto, bajo la luna delgada, el mar se estanca y ninguna ola parece formarse. Todo queda en silencio, como si el océano estuviera en un profundo sueño.

—¡El destello!— Grita Marcial y dirige el bote hacia aquel brillo anaranjado e intermitente. —¡Brutos, de pie. Es la señal!—.

Damián y Francisco se dirigen rápidamente a ver lo acontecido. El destello está más cerca de lo que parece, alumbrando sobre una sombra difusa que de a poco se comienza a esclarecer. Es una gran roca en medio del océano, el centelleo misteriosamente desaparece al acercarse y al bordear el islote divisan una zona aplanada en donde fijan el barco y logran desembarcar.

—Me lleva el diablo y su sequito de desgraciados—. Dice Damián con sus ojos brillantes a la luz de las antorchas. —¡Seremos ricos!—.

Cada uno de ellos lleva una antorcha en la mano y comienzan a investigar por todo el roquerío. El terreno estaba resbaloso, repleto de algas y de soles marinos, el mar seguía en silencio y se escuchan solamente los cangrejos que huyen despavoridos al ver a los hombres caminar por el lugar. Llevan cerca de una hora buscando hasta que Marcial grita:

—¡Por aquí hay una cueva!— Sus compañeros llegan rápidamente donde estaba él, Damián impaciente, entra rápidamente en la gruta, le sigue Marcial y por último Francisco.

Resulta ser que la cueva era estrecha solo al principio y unos metros más adelante se expande y da suficiente espacio para que puedan caminar los tres tranquilamente. Allí dentro, está plagado de un tipo de planta acuática con forma de tentáculos que, al momento de tocarles, se encogen y retuercen como cuando se le hurguetean los ojos a un caracol.

Cerca de medio kilómetro llevan caminando, mientras la cueva se expande más y más. Un inmenso estanque que emerge de las profundidades los detiene y en su centro, un camino de piedras lleva hacia un cofre abierto, cubierto de aquellos vegetales tan propios de la cueva.

El brillo del cofre es más intenso que el de las estrellas en una noche de altamar. Su dominio más anhelante que el más profundo deseo. Damián

no lo pudo resistir y corriendo fue a saciar su ambición.

—¡Detente Damián — Le increpa Marcial, desconcertado ante su reacción. Presiente de pronto, que algo no va bien. Nada en la vida es tan fácil. El costo corre para todo.

Damián no hizo caso a la advertencia de Marcial y sin pensarlo, arranca violentamente las algas para depositar una bolsa y guardar rápidamente aquelpreciado tesoro.

—¡Es a esto a lo que vinimos, ¿No Marcial?— Le grita Damián de irónica manera al momento que guardaba las joyas y vetas brillantes. Colma la bolsa de fortuna y la lanza hacía la orilla, donde están sus compañeros mirando inmóviles. —¡Que esperan! ¡No tenemos que dejar nada! —

Ambos responden ante la orden, pero para su sorpresa, al momento en el que se adentran por el camino de piedras, escuchan un fuerte lamento proveniente de Damián. Al fijarse, ven como aquellas algas se le adhieren a sus piernas, con tentáculos que aumentan su diámetro, de una manera excesiva.

—¡Arde maldita sea!— Dice gritando mientras trataba de quitárselos, pero al momento de socorrerlo, un gran estruendo retumba dentro del lugar. El agua que hasta ese momento calma, comienza a vibrar, salpicando en toda su superficie pequeñas gotas, tal como si estuviera hirviendo. Y de un extremo a otro de aquel inmenso estanque salen dos enormes tentáculos azul petróleo que serpentean y llenan de agua por toda su cercanía. Delante de los tres, una gran cabeza del color de los tentáculos emerge del agua y se posa colosalmente. Era un monstruoso calamar o un kraken. De esos que relatan en cuentos e historias para asustar a los niños y marineros. Este tiene un solo ojo, muy rojo y enorme, ocupando casi la totalidad de su cabeza.

Marcial y Francisco pueden retroceder pero Damián, atrapado por causa de aquellas algas no logra escapar. Los dos tentáculos de aquella bestia se adhieren en ambos lados de su cuerpo y lo levanta. Desde allí arriba separa sus tentáculos partiendo a Damián en dos, cayendo todo tipo de viseras en el camino y sobre el cofre.

—Demonios, demonios, demonios— Repite Francisco, corriendo sin mirar atrás. Marcial se ha queda a sus espaldas ya que sin tesoro no se quiere quedar. Nuevamente salen del agua dos tentáculos más y se dirigen donde Marcial, que con la bolsa en mano logra esquivar los apéndices de la bestia, justo cuando pasan por encima de el. Sin embargo, estos no se detienen y cambian de objetivo rápidamente, van por Francisco.

—¡Detrás de ti Francisco!— Exclama Marcial horrorizado y con la adrenalina por fuera de sus límites, pero el infortunado, no logra escapar.

El tentáculo se estira a una velocidad sorprendente y atrapa por la espalda a su segunda víctima. Lo levanta, al igual como lo hizo con Damián, pero a éste lo precipita contra el suelo con impresionante fuerza, sonando el reventar sus órganos en el hueco lugar. No obstante, Francisco no sucumbe en aquel momento. Marcial le ve a unos pasos, con la mandíbula quebrada, desencajada, su ser flácido cuelga en lo alto de aquel tentáculo, su mirada aún vive.

—Vete —Balucea entre borbotones de sangre . —¡Ya!—. Marcial obedece y corre hacia el exterior, sin mirar atrás, solo él con la bolsa. Las algas tratan de atraparlo con sus tentáculos pero Marcial fue lo bastante ágil para esquivarles, logrando salir de la gruta.

Afuera huye en dirección al barco, siente un inmensurable alivio al verlo aún allí. Se embarca y rema lo mas rápido posible, pero el mar calmo comienza a vibrar, haciendo levitar las gotas tal como pasó momento atrás. El kraken esta debajo de él y es mucho mas rápido que la velocidad de su remar. Entonces Marcial suelta los remos. Ya no hay nada más por hacer. Con el tesoro en sus brazos levanta la mirada y clama a los cielos.

—Allá voy hermanos míos, nada me aferra ya. Tarde me doy cuenta que ustedes eran mi único tesoro. Me despojo de este sentimiento, banal y vacío. Se lo entrego al mar, el único que puede dominar este mal. Allá voy hermanos míos, nos volveremos a encontrar.—

Dicho esto, se elevaron ocho tentáculos gigantes a cada lateral del barco, y con un abrazo devastador revienta el navío junto su único tripulante. Un tentáculo agarra a Marcial que yace muerto hundiéndose en las profundidades, otro agarra el tesoro y levanta ambos fuera del agua.

Un enorme pájaro negro agarra al cadáver con sus patas, y otro agarra el tesoro, ambos dirigiéndose al islote. La gran piedra se halla repleta de velas encendidas y de aves negras.

En una planicie al borde de la gran roca, dentro de círculos hechos de sal de mar, yacen los restos de los otros dos bandidos y en un tercer círculo deposita el pájaro a Marcial. De repente, todas las aves del lugar pasan a ser personas en cuestión de segundos, alzan las manos y comienzan el ritual.

Capítulo 2

El visitante

Ojalá escribiendo pueda dejar en el pasado esta espantosa noche. Han pasado unas horas de que me encuentro sin electricidad, pero por suerte encontré una vela que enciende a duras penas un incipiente fuego y gracias a eso, puedo redactar este relato. Con lo escrito, yo Christopher Blanco no pretendo convencer a nadie, solamente quiero olvidar...

El comienzo de la noche fue agradable y fresco al igual que las demás. Estaba despejada y la luna sonreía en lo alto de los cielos. Me llevé un libro a la cama para conciliar el sueño y cercano a la medianoche, seguramente, ya dormía.

No fue mucho lo que pude llegar a dormir puesto que un molesto ruido me despertó. Parecía ser que alguien caminaba afuera de mi habitación y que arrastraba algo con su andar, chirriaba al igual que el desagradable sonido del metal oxidado. Pasó un momento y se dejó de escuchar.

Me preparaba para dormir nuevamente, pero antes de cerrar los ojos, vi la silueta de una persona cruzando la pared, desde un extremo a otro. Mi corazón latió de una manera inconsolable y lo hizo más aún cuando le escuché que golpeaba la ventana, a mi lado. La sombra del Ser se difuminaba por detrás de mis cortinas y volvió a golpear la ventana una segunda vez. Yo estaba paralizado, viendo su sombra.

— ¿Tienes un poco de sal? —. Me preguntó.

En mi mente el pensamiento era uno y mis acciones, se negaban a responder, sentía que si lo hacía, iba a morir. Por un corto lapso de tiempo no escuché nada más que mi ahondado respirar y los latidos de mi corazón. Entonces, lo que estaba allí afuera, se alejó de la ventana y rodeaba mi patio trasero, haciendo sonar sus pesadas cadenas.

Me armé de valor y rápidamente aseguré mi puerta, aproveché de igual manera de prender la luz, sin embargo, al momento de presionar el interruptor la lámpara estalló. Escuché aquel Ser entrar en la cocina y lentamente caminó hasta posarse detrás de la puerta de mi habitación.

Gopeó la puerta con uno de sus dedos y después de dar tres golpes me

preguntó nuevamente:

—¿Tienes un poco de sal? —. Su voz era aspera y de baja frecuencia.

—¡Vete de aquí! — Le ordené.

—No hasta que me des la sal—

—En la cocina hay sal, ya has pasado por allí. Tómala y lárgate por favor—. Le indiqué.

Estuvo un buen momento sin decir nada, hasta que dijo:

— No la puedo ver. No necesito ver en el lugar donde habito pero si puedo escuchar y oler muy bien. Sin embargo, la sal no tiene olor, no la siento. Por lo mismo, necesito que me la des...—.

De la nada un aire frío recorrió mi espalda y escuché justo por detrás de mí, aún en la oscuridad:

— Si no lo haces, vendrás conmigo esta misma noche y el lugar donde iremos está eternamente maldito Christopher. Solo dame un poco de sal.— Cuando me volteé no había nadie pero una estela putrefacta rondaba la habitación.

Saqué del velador una vela que tenía guardada en caso de emergencia y también encontré fósforos. Con mucha precaución abrí la puerta de mi habitación, el espantoso hedor se podía sentir. Crucé hacia la cocina y saqué la sal rápidamente. Retorné rápidamente, sin embargo, a mitad de camino el me paralizó.

Del interior, en la oscuridad del pasillo pude ver aquello se acercaba. Salió por la habitación de hospedaje y a la luz del fuego le pude observar. Era alguien muy alto, desnudo y sin sexo. El hedor que provenía de él me hizo saber a quien me enfrentaba; Olor insoportable, a cadáver en estado de putrefacción, olor a muerte. Cuando le vi más de cerca, me di cuenta que no tenía cabello y su cuerpo se desprendía a pedazos. Tampoco tenía ojos, solo huecos negros que se posaban sobre su nariz larga y filosa.

—Tu alma revolotea como un pájaro asustado Christopher, sin embargo, todavía no es tu hora— Mencionó, pero nada podía hacer frente a aquella presencia tan absorbente. Evité seguir viéndole el rostro pero al ver detrás de él, me percaté que en las paredes del pasillo, emergían multitudes de sombras, que se reflejaban a la luz del fuego de la vela, se lamentaban y suplicaban. —¿Llevas la sal contigo?— Me preguntó.

— Si— Le respondí con una voz tan apagada como el vacío.

— Esplendido— Dijo con un sutil tono de regocijo.

—Aún así, en la soledad no me iré. Deja la bolsa en la ventana de tu habitación. —Me ordenó y yo sin decir nada, entré a mi cuarto.

Fui hacia la ventana y dejé allí la bolsa de sal. Escuché al rato el aletear de un pajarito del color de la noche que con sus patas agarró la bolsa y sin ir hacia el cielo, se dirigió bajo la tierra, traspasando el suelo como si la sal y el, fueran de humo.

Momento después escuché un alarido en una casa vecina y para el colmo, volví a despertar. Estaba sudado, mis pálpitos acelerados, mi respiración entrecortada. Fue una pesadilla, pensé, la más horrorosa que había tenido en mi vida. Pero no. Creía mal. La habitación aún olía a podredumbre y al tratar de encender la luz no encendió. Entonces supe que la muerte había prescindido de mí, pero como me había dicho, sola, no se iba a ir.

Espero, poder olvidar.

Capítulo 3

En la noche de San Juan.

Es la noche del veintitrés de junio del año dos mil dieciséis. Una ambulancia se dirige por la carretera norte hacia el Hospital de Ciudad Mistral. El camino pasa por entremedio de multitudes de pinos que forman un espeso bosque, que se oscurece rápidamente, aquella noche de San Juan.

— ¡Más rápido Durán! — Le ordena Eduardo al conductor. Va en la parte trasera junto su aprendiz paramédico, ambos llevan a un joven entre sus manos, mutilado e incomprensiblemente vivo. Al desgraciado le faltan ambas piernas, su brazo izquierdo termina súbitamente en su codo, colgándole de esta manera, la carne en lonjas irregulares, como si le hubieran molido la extremidad hasta arrancársela.

El conductor acelera en lo máximo posible, observando el refulgir de las numerosas hogueras, proveniente de las profundidades del bosque. Hogueras que simbolizan una noche sobrenatural, que mantiene vibrante la conciencia de muchas personas.

Atrás, ambos paramédicos se concentran en aplicar compresas y limpiar lo mayor posible, debido a que gran parte del cuerpo del paciente, está expuesto al exterior. Todo está cubierto de sangre y el piso resbaloso dificulta las metodologías de primeros auxilios. De pronto el monitor deja de recibir los signos vitales.

— ¡Maldita sea Fernando, se muere! — Le dice Eduardo al aprendiz.

— Arriba está el equipó de reanimación ¡Muévete! —.

Fernando acata rápidamente entregándole el desfibrilador, que es aplicado de inmediato generando un enorme impulso que hace estremecer toda la piel colgante del cuerpo mutilado.

— No despiertes Mario, ven conmigo. — Le dice al moribundo una voz serena que parece provenir de muy lejos.

— Estarás mejor aquí, solo descansa. Déjate llevar. Quédate conmigo

— Pero aún en su inconciencia, Mario se acordó de Él, aquel ser que le

vigiló agonizante, hasta el momento de perder la conciencia.

—¡Su corazón ha vuelto a latir!— Dice Fernando y continúan con las técnicas de primeros auxilios.

—¡Llegamos al kilómetro cinco! —Grita Durán desde la cabina —Un poco más y nos libramos de esta noche del demonio-. Durán sigue pensando en las hogueras. Había visto una multitud en su vida, pero no logra entender que motiva a la gente, aparte de la noche, a encender tantas fogatas por todo el recorrido. Comienza a helar más de lo esperado y Durán se imagina lo bien que se sentiría estar cerca del fuego, tranquilo y con un buen vino.

—Señor, mire— Le dice el practicante, apuntando hacia el termómetro posicionado en una esquina. Desconcertados observan, como la temperatura disminuye progresivamente. Diecisiete, diez, siete, tres grados y bajando.

—Como dijo Durán, ojala nos libremos pronto de esta noche del demonio. Primero aquellas personas, luego el chico y ahora esto. En momentos así, me hace pensar que realmente esta noche, el Diablo sal...—.

— ¡Cállese y concéntrese novato!— Le interrumpe súbitamente su superior.

Mientras, en la inconciencia de Mario le susurra otra voz.

—Toma sus vidas Mario—. Esta voz es muy diferente a la que anteriormente habló. Satisface al ser escuchada.

—La de ellos, para conservar la tuya— Continuó. — Tres vidas te darán mucho poder. —Su voz es seductora, cómplice y complaciente. —Juntos lograríamos todo lo que nos propusiéramos—.

—Kilometro cinco— Murmura para sus adentros Durán. << ¿Otra vez?>>. El frio se torna un martirio cuando los muros se comienzan a escarchar y entonces al manipular el volante, comienza igualmente a doler. La temperatura sigue disminuyendo drásticamente llegando números menores a cero grados Celsius. Durán siente como se le adhieren sus dedos al tomar los bordes del manubrio. Vuelve a comprobar por la ventana y ve el kilómetro cinco nuevamente plasmado en otro cartel. <<No tiene sentido>>.

Fue tanto la gelidez que el volante congelado deja de pronto de girar. En su lucha por mover el manubrio, Durán ve por la ventana algo que le deja completamente aterrorizado << Kilometro cuatro>>. En ese lugar hay una pronunciada curva que le es imposible poder maniobrar. Al tratar de

frenar, se da cuenta de que es demasiado tarde.

— ¡Agárrense, nos salimos del camino!— Fue lo único que pudo decir antes de adentrarse al bosque arrasando con malezas, flores y hierbajos, hasta que un incipiente pino se interpone en su camino, para detener al ras todo aquel escándalo.

—Es el momento— Menciona aquella voz, maligna y amigable —Escogiste vivir—.

Mario abre los ojos sin saber dónde se encuentra. Escucha los alaridos de alguien cerca, pero solo logra ver el techo blanquecino manchado de sangre y un mueble con varios insumos médicos, igualmente sucio. Levanta dificultosamente su cabeza y desconcertado ve su cuerpo brutalmente amputado, nada le duele. A la mente le vienen unas extrañas imágenes. Recuerda a aquellas personas enmascaradas y escucha nuevamente sus tétricos cantos con notas graves y apagadas, en un idioma que nunca en su vida había escuchado. El grito de sus hermanas, aquel desgarrador sonido que rasgaba su corazón, vuelve a sentirse en cada parte de su cuerpo. Siente un odio descomunal y esto de alguna manera logra materializarse.

Un apéndice rojizo similar a las vísceras se desprende de sus muñones abiertos. Aquella materia toma forma de múltiples y delgados tentáculos sangrientos que parecen tener vida propia. Le molesta y le escuece las zonas en las que brotan aquellas adherencias. Los tentáculos ondulan por el aire en busca de algo. Sea lo que sea, se halla debajo de Mario, pues allí es donde se dirigen. De pronto un desgarrador grito silencia el grotesco sonido viscoso de los tentáculos, y por sobre Mario se eleva Eduardo con su rodilla fracturada, desde allí un astilloso hueso partido sale al exterior, desgarrando ropa y piel.

—Eres el demonio y te dejamos vivir. Ellos te invocaron maldita sea. ¡En la noche de San Juan!!— Le grita Eduardo al joven, tratando de soltarse de aquellas prominencias. —Creíamos que ellos habían asesinado a tu familia, ¡Se lo merecen, son unos anormales!—.

Mario recuerda los hechos. En la tarde del mismo día, les habían secuestrado a su familia y a él. Se metieron a su casa unos enmascarados, armados y acechantes. Los drogaron y amarraron para asesinar así, frente de él, a cada integrante. Luego, procedieron con pesados mazos a romperle lentamente sus extremidades para llamar a la ambulancia y huir del siniestro. El paramédico prosiguió. —Nosotros vimos aquellas personas salir de tu hogar y desaparecer entre los pinos como si fueran espectros—.

Sin poder evitarlo, una de aquellas prominencias se eleva por sobre todas las demás, mientras otra le enrosca suavemente el cuello de Eduardo. Se

lo aprieta y extiende de tal manera que queda mirando hacia el techo con las fauces abiertas. Mario estaba consternado, no podía gritar, no podía hablar. Solo observar.

Rápidamente el tentáculo que está en lo alto baja directo a la cavidad bucal del paramédico, perforando así, su garganta y rompiendo tejidos hasta llegar a su corazón. Mario siente que el tentáculo abraza un órgano palpitante, lo exprime como a una fruta y obtiene lo que sería, el mismísimo elixir de la vida.

Observa al paramédico dar unos movimientos espasmódicos antes de que su último atisbo de vida se elevara por los aires y una vez que fallece aquel hombre, allí donde se hallan los muñones de Mario, una quemazón comienza a sentirse. Levanta su cabeza nuevamente y perplejo ve regenerarse sus piernas, tomando un color claro, sin vellosidades y con venas negras exageradamente marcadas.

Las prominencias aún culebrean, pero solamente nacen de su brazo que todavía no se ha regenerado por completo. Se deslizan suavemente hacia abajo y Mario vuelve a percibir aquella extraña sensación, cálida y viscosa que termina en un fuerte apretón y un chasquido. Entonces, de la misma manera que lo hicieron sus piernas, el brazo izquierdo, comienza a regenerarse. Mario ahora está completo, pero solo físicamente, le falta...todo lo demás.

Sigue escuchando detrás el lamento apagado de alguien, pero al tratar de moverse le cuesta activar sus miembros. Al cabo de unos minutos se logra movilizar y lo primero que hace es sentarse sobre la camilla. De allí puede ver una sangrienta escena.

Los dos paramédicos en el suelo con sus bocas abiertas, fuente de sangre espesa. Tienen sus cuellos quebrados e hinchados en una posición grotescamente extendida.

—Esto es lo que eres ahora Mario—Le susurran desde el vacío.

—Un depurador, alimentante de sus miedos, de sus penas y amarguras y todos caerán ante ti—.

Suena tentador para él, que no tenía nada que perder

—Si al mundo lo creó Dios ¿Por qué está condenado a la destrucción?
¿Dónde estuvo él, al momento de morir tu familia? —

El dolor comienza a inundar la cordura de Mario ahogándose en su sufrimiento. La imagen de su madre aparece como un fantasma frente a él y el sentimiento de saber que nunca más la va a poder ver o tocar, le perfora los ojos, brotando de ellos, gruesas lagrimas tibias. Las últimas

lagrimas de su vida.

Trata de levantarse apoyándose con sus piernas e inmediatamente cae sobre el resbaloso suelo, observando muy cercanamente, las expresiones asustadas de aquellos paramédicos que irónicamente, dieron su vida para salvarlo a él. —Ayuda— Decía una voz quejándose. —Por favor, que alguien me ayude—. Evidentemente está sufriendo.

Lentamente Mario se levanta y sale de la ambulancia. Al rodearla, ve al conductor incrustado en las ramas de lo que era un viejo partido. El choque produjo que saliera eyectado, por lo que ahora las astillas y las ramas le perforan su torso y la mejilla izquierda, arrancándole la oreja desde su raíz..

—No temas— Le dice Mario sin sentir misericordia. —Es mejor dejar este mundo. Créeme, yo lo haría... si pudiera—

Entonces lo supo, consumir ahora era instintivo. Con un tono que no pareció ser suyo, le susurra.

—Estas muy malherido Duran- Sabe su nombre y todo de él.

—Te ayudaré para que no sufras— De su espalda se desprende un sangriento tentáculo y lo lleva directamente a la boca de su victima, obteniendo así en un segundo, aquél elixir tan vital y...exquisito. En contra de la vida se alimenta de ella. Mario no esta del todo vivo, pero sigue sintiendo placer, aunque su alma y cerebro funcionan ahora, de otra manera y se complace igualmente de modo diferente.

—Perfecto— Murmuran desde las profundidades del bosque.

— Adéntrate, tus seguidores te esperan. Ahora tienes una familia nueva. Ahora, tú eres mi hijo y mis seguidores, tus hermanos. Ve hacia el fuego, hijo mío—

Le dice el Diablo a Mario, este camina desnudo entre medio del bosque, como si fuera un espectro en la noche de San Juan. Las hogueras llamean como nunca. Y nunca más se volverán a apagar...